SAN CLAUDIO
DE LA COLOMBIERE

OBRAS SELECTAS

Serie
Grandes Maestros
N.º 20

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

PRIMER RETIRO ESPIRITUAL

HECHO EN LYON EN LA CASA DE SAN JOSÉ EN 1674

En que se anotan las gracias y luces particulares que Dios le comunicó en sus Ejercicios espirituales de 30 días.

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7693-200-6
Depósito Legal: B.37.197-92
Printed in Spain

APSSA,
ROCA UMBERT, 26
L'HOSPITALET DE LL. (Barcelona)

PRIMERA SEMANA

Preparación

He comenzado, a mi parecer, con la voluntad bastante determinada por la gracia de Dios a seguir todos los movimientos del Espíritu Santo y sin ningún obstáculo que me impida darme a Dios sin reserva. Resuelto como estoy a sufrir por Dios todas las sequedades y todas las desolaciones interiores que me puedan sobrevenir y que tengo muy merecidas por otra parte por el abuso que he hecho de las luces y consuelos en otras ocasiones recibidas:

1.º Me he propuesto hacer estos Ejercicios como si debieran ser los últimos de mi vida y hubiera de morir en seguida.

2.º Ser en ellos extremadamente fiel y sincero, venciendo el orgullo que encuentra gran repugnancia en descubrir la conciencia.

3.º No apoyarme nada en mí mismo, ni en mis diligencias. Para esto es necesario no leer ni escrito ni libro alguno espiritual extraordinario, aunque siente verdadera pasión por ciertas obras que tratan de la vida espiritual de un modo más elevado, como *Santa Teresa, El Cristiano interior,* etc. He creído que Dios me hará encontrar en los puntos que el Padre espiritual me señalará y en los libros que me dará, todo lo que quiera el Señor que yo encuentre y sienta en este Retiro. Me encuentro perfectamente bien con este desprendimiento y doy gracias a Dios por haberme inspirado hacerle este sacrificio, el mayor sin duda que pudiera ofrecerle en esta ocasión.

Principio y fundamento

He sentido gran confusión, de que habiéndome Dios hecho

el honor de destinarme a amarle, haya pasado una gran parte de mi vida no solamente sin amarle, pero aun ofendiéndole; he admirado con un muy suave sentimiento la paciencia y misericordia infinita de este mismo Dios, que viendo el desprecio que yo hacía de un fin tan glorioso, y no sirviéndole por consiguiente para nada en el mundo, antes al contrario, perjudicando sus intereses, no ha dejado de sufrirme, de esperar a que yo quisiese pensar para qué me encontraba en él y haciéndomelo recordar de tiempo en tiempo. Ninguna pena he sentido al prometerle vivir en adelante sólo para servirle y glorificarle.

Todos los empleos, lugares, estados en que pueda encontrarse mi cuerpo, sano, enfermo, tullido, vivo, muerto me son, por la gracia de Dios, enteramente indiferentes. Y aun me parece que tengo cierta envidia a aquellos a quienes la ceguedad o cualquiera otra indisposición habitual tiene separados de todo comercio humano, obligándolos a vivir como si ya estuviesen muertos. No se si serán quizás los combates que preveo me han de sobrevenir en el resto de mi vida los que me hacen encontrar satisfacción en estos estados, en que viviría tal vez con más tranquilidad y en un desprendimiento que me costaría mucho menos. Cuando uno quiere ser de Dios a cualquier precio que sea, es fácil comprender cómo se desean las cosas más extrañas, si en ellas se ve mayor seguridad para cumplir tales deseos. En estos ardientes que Dios me da de amarle sólo a El y conservar mi corazón libre de todo apego a las criaturas, una prisión en que me hubiese echado, una calumnia me parecería una fortuna incomparable, y creo que con el socorro del Cielo jamás me cansaría.

No he encontrado en mí gran celo para trabajar en la salvación de las almas. Al considerar la segunda de nuestras Reglas me ha parecido que en otros tiempos lo tenía mayor. Quizás me equivoque. Pero creo que lo que me entibia en este particular no es sino el temor que tengo de buscarme a mí mismo en los cargos en que el celo se manifiesta; pues me parece que no hay ninguno en que la naturaleza no encuentre su propia satisfacción, sobre todo cuando se trabaja con éxito, como se debe desear para gloria de Dios. Una gracia muy grande y una fortaleza superior se necesita para resistir al pla-

cer que se experimenta al cambiar los corazones, y a la confianza que toman con nosotros las personas que han sido por nosotros convertidas.

Pecado de los Angeles

Fuerza es que sea muy horrible el pecado, puesto que obligó a Dios a condenar a criaturas tan perfectas y tan amables como los Angeles. Pero ¡cuán grande es vuestra misericordia, Dios mío, pues me habéis sufrido, después de tantos crímenes, a mí, que sólo soy un poco de barro, y aun me llamáis y no queréis que me pierda! ¡Cuán grande debe ser vuestro amor para contrapesar y vencer la espantosa aversión que, naturalmente, tenéis al pecado! Verdaderamente, esta consideración me parte el corazón y me llena, a mi parecer, de un amor muy tierno para con Dios.

Pecados propios

A la vista de mis desórdenes y a la confusión que he sentido, ha sucedido después un dulce pensamiento, de que hay, a la verdad, en ellos materia muy propia para ejercitar la misericordia de Dios y una esperanza firmísima de que al perdonarme será El glorificado. *Reposita est haec spes in sinu meo.* (Job, XIX,27) «Esta esperanza la tengo yo guardada en mi corazón». Y la tengo en él tan arraigada, que me parece que, con la gracia de Dios, antes me arrancarían la vida que este sentimiento.

Me he echado en seguida en los brazos de la Santísima Virgen, y ella me ha recibido, me parece, con admirable suavidad y dulzura, la cual me ha conmovido tanto más cuanto más culpable me siento de haberla servido hasta ahora con harta negligencia. Pero he venido aquí con grandes deseos de no olvidar en este año nada de cuanto me haga concebir un grande amor hacia ella y de trazarme un plan de devoción para con ella, que procuraré guardar toda mi vida. Me siento muy con-

solado con el pensamiento de que tendré holgura para trabajar en esto y que lo conseguiré con la protección de la misma Virgen María. Después de recibirme con tanta afabilidad, esta Señora me ha presentado, a mi parecer, a su Hijo, el cual, en consideración a ella, me ha mirado y abierto su seno como si yo hubiera sido el más inocente de los hombres.

Antes de hacer la meditación sobre la muerte he tenido una conversación que me ha producido cierta inquietud, causada, de un lado, por cierto temorcillo de haber contentado mi vanidad, y de otro, por temer igualmente que lo que yo había dicho no fuese para mí fuente de confusión.

Habiendo ido al oratorio con estos pensamientos embargado, estuve cerca de media hora luchando por combatirlos y para recobrar la calma perdida; pero al fin, arrojándome resueltamente del lado de la misericordia de Dios por la falta cometida y aceptando, por otro lado, toda la confusión que me pudiese traer, y habiéndome resuelto aun a prevenirla y salir a su encuentro en un momento, sentí en mi corazón tan gran tranquilidad, que me pareció haber encontrado al Dios a quien yo buscaba. Esto me causó un momento de la más dulce alegría que he gustado en mi vida. Desde entonces he quedado extremadamente fortificado contra el respeto humano y el juicio de los hombres, y con valor para vencer la repugnancia que sentía para descubrir mis debilidades.

Muerte

Pensando después en el estado a que la muerte nos reduce respecto a todas las cosas criadas, me ha parecido que no me daría esto pena alguna, encontrándome como me encuentro desprendido de todo, y me he dirigido a mí mismo esta pregunta: Puesto que ninguna pena me daría el morir ahora mismo ni por consiguiente el estar privado para siempre de todo placer u honor en esta vida, ¿por qué no resolverme a proceder en adelante como si realmente estuviese muerto? Me he respondido que ningún sentimiento me causará el separarme realmente de todo, como si hubiese de pasar el resto de mis

días en una tumba, o en una prisión con todas las incomodidades y todas las infamias posibles. Creo con todo que aún tendré que sufrir muchos combates, si quiero vivir en un perfecto desprendimiento de todo afecto en medio del mundo, en que nos obligan a permanecer nuestros ministerios. He resuelto, sin embargo, hacerlo con la gracia de Dios, la única que puede obrar en mí semejante milagro.

En fin, pensando en lo que da pena en la hora de la muerte, que son los pecados pasados y las penas consiguientes, se me ha ocurrido un partido que tomar, y he resuelto seguirlo con gran consuelo de mi alma. Ha sido el de formar en este último momento de todos los pecados que vendrán a mi imaginación, sean conocidos o desconocidos, como un haz que presentaré a los pies de nuestro Salvador para que sea consumido por el fuego de su misericordia; cuanto más numerosos sean y más enormes, con tanta mayor voluntad se los ofreceré para que los consuma, por ser ésta una obra más digna de su misericordia. Nada podría hacer yo más razonable, ni de mayor gloria de Dios; pues es tan grande la idea que he concebido de la bondad de Dios, y la siento tan de veras, que nada me costará el determinarme a ello.

Purgatorio

Respecto al Purgatorio –pues haría injuria a Dios temiendo el infierno, aunque lo haya merecido más que todos los demonios–, el Purgatorio, digo, no lo temo. Quisiera, cierto, no haberlo merecido, porque al merecerlo no he podido menos de disgustar a Dios; pero, puesto que es cosa hecha, me encanta ir a satisfacer a la divina justicia del modo más riguroso que sea posible imaginar y aun hasta el día del juicio. Se que los tormentos allí son horribles, pero que honran a Dios y no pueden alterar la paz del alma; que allí hay seguridad completa de no oponerse jamás a la voluntad de Dios; que al alma no le disgustará su rigor, que amará hasta la severidad del castigo; que esperará con paciencia hasta que sea completa la satisfacción. Por esto he dado de todo corazón todas mis satisfacciones a las

almas del Purgatorio y les he cedido todos los sufragios que por mí se ofrezcan después de mi muerte, a fin de que Dios sea glorificado en el Paraíso por las almas que habrán merecido estar allí elevadas a mayor gloria que yo.

Me he persuadido asimismo enteramente en esta primera semana, de que los hombres son incapaces de satisfacer a la justicia divina ni por la menor falta. Esto me ha causado alegría:

1.º Porque me quita la inquietud en que eternamente estaría de si habría o no satisfecho enteramente por mis pecados, pues me diría constantemente a mí mismo: *No, tú no has satisfecho lo bastante; en cuanto a la culpa, ya se ve que no está en tu mano; se necesita la Sangre de un Dios para borrarla; en cuanto a la pena, preciso es o una eternidad o los sufrimientos de Jesucristo.* Ahora bien, esta Sangre y estos sufrimientos están en nuestras manos.

2.º No se ha de descuidar el expiar por la penitencia los desórdenes de la vida; pero esto sin inquietud, pues lo peor que puede suceder, cuando se tiene buena voluntad y se está sometido a la obediencia, es el estar mucho tiempo en el Purgatorio, y creo que se puede decir, en el buen sentido de la palabra, que eso no es al fin y al cabo tan grande mal. Prefiero, además, deber mi gracia a la misericordia de Dios que a mis diligencias; porque esto da más gloria a Dios y me lo hace mucho más amable.

Me encuentro muy bien con haberme hecho regular mis penitencias. Esto me libra o de la vanidad o de la indiscreción o de la inquietud que me hubiese causado el temor en que hubiese estado de adularme, pues indudablemente hubiera caído en uno de esos lazos, o tal vez en los tres,

Juicio universal

En el juicio habrá gran confusión para las personas vanas que hicieron sus acciones para ser honradas o estimadas de los hombres, que buscaron en ellas el distinguirse en todas las cosas, al verse entonces confundidas entre la más vil canalla y

con increíble desprecio de aquellos mismos que más los estimaron en la vida. Al contrario, ¡qué alegría para las almas humildes, que por amor a Dios se abrazaron con una vida oscura y común al verse entresacar de la multitud para ser exaltadas a la mayor gloria sin tener ya que temer por su virtud!

Desolación espiritual

Me parece que de todos los tiempos de la vida es el de sequedad y desolación el mejor para merecer. El alma que sólo busca a Dios soporta, sin pena, este estado, y se eleva fácilmente sobre todo lo que pasa en la imaginación y en la parte inferior del alma, que es donde radican la mayor parte de los consuelos. No deja de amar a Dios, de humillarse, de aceptar este estado, aunque fuese para siempre. Nada tan sospechoso como estas dulzuras y nada tan peligroso; se aficiona uno a ellas algunas veces: mas cuando pasan se encuentra con frecuencia con menos fervor que antes para el bien.

Pero para mí es sólido consuelo el pensar en medio de esas arideces y aun de las tentaciones, que tengo un corazón libre y que sólo por ese corazón puedo yo merecer o desmerecer; que no puedo agradar ni desagradar a Dios por las cosas que no son mías, tales como los gustos sensibles y los pensamientos importunos que se presentan a la imaginación contra toda mi voluntad. Cuando me encuentro en tal estado digo a Dios: *Dios mío, que el mundo y el mismo demonio tengan para sí lo que yo no puedo quitarles, de lo que yo no soy dueño. En cuanto a mi corazón que Vos habéis querido poner en mis manos, no tendrán ellos parte alguna; es todo vuestro, bien lo sabéis, bien lo veis. Por lo demás, Vos lo podéis tomar de modo que sólo a Vos os pertenezca, y lo podéis hacer cuando os plazca.*

Por nada debe turbarse el hombre a quien da Dios verdadero deseo de servirle. *Pax hominibus bonae voluntatis.* «Paz a los hombres de buena voluntad». Eso hace que yo espere, contando con la gracia de Dios, formar actos de verdadera contrición, porque, aunque bien veo los motivos interesados que nos

pueden inspirar dolor de nuestros pecados, pero con plena voluntad y con entera deliberación, renuncio a todos esos motivos. Estoy persuadido de que Dios es infinitamente amable, que sólo El merece ser tenido en cuenta, que es justo le sacrifiquemos nuestros intereses y sólo pensemos en darle gloria. ¿Es eso posible, o no lo es? Si fuese imposible, Dios no me lo aconsejaría, o no me lo ordenaría; si es posible, lo hago yo con su gracia; pues sinceramente hago y quiero hacer de buena fe todo cuanto puedo.

Sagrada Eucaristía

No creo haber estado nunca tan consolado como en la meditación del Santísimo Sacramento, que es la última de la primera semana. Desde el primer momento que entré en el oratorio y consideré este misterio, me he sentido todo penetrado de un dulce sentimiento de admiración y agradecimiento por la bondad que nos ha mostrado Dios en este misterio. Verdad es que he recibido tantas gracias y he sentido tan sensiblemente los efectos de este Pan de los Angeles, que no puedo pensar en ello sin sentirme movido a profunda gratitud.

Jamás he sentido mayor confianza de que perseveraré en el bien y en el deseo que tengo de ser todo de Dios, no obstante las espantosas dificultades que imagino para el resto de mi vida.

Celebraré Misa todos los días; he aquí mi esperanza y mi único recurso. Poco podría Jesucristo si no pudiese sostenerme de un día a otro. No dejará de reconvenirme mi flojedad desde el momento en que me empiece a abandonar; todos los días me dará nuevos consejos, nuevas fuerzas, me instruirá, me consolará, me animará, me concederá o me obtendrá por su sacrificio todas las gracias que yo le pida.

Aunque no vea yo que está presente, lo siento; soy como esos ciegos que se echaban a sus pies y no dudaban que lo tocaban, aunque no lo viesen. Mucho ha aumentado en mí esta meditación la fe en este misterio.

Me he sentido muy movido, considerando qué pensará de

mí Jesucristo cuando yo le tengo en mis manos, y cuáles serán sus pensamientos acerca de mí; quiero decir los sentimientos de su corazón, sus designios, etc. ¡Cuántas dulzuras, cuántas gracias recibiría en este Sacramento un alma muy pura y muy desprendida!

Véncete a ti mismo

El séptimo día por la mañana me sentí acometido de pensamientos de desconfianza respecto al plan de vida que me he trazado para el porvenir; veo grandísimas dificultades en su cumplimiento. Cualquiera otra vida me parecería fácil de pasar santamente y cuanto más austera, solitaria, oscura, separada de todo comercio, más suave y fácil me parecería.

Respecto a lo que más suele espantar a la naturaleza, como las prisiones, las continuas enfermedades, la misma muerte, todo me parece suave en comparación de la eterna guerra que hay que hacerse a sí mismo, de la vigilancia contra las sorpresas del mundo y del amor propio, de la vida muerta en medio del mundo.

Cuando pienso en esto, me parece que la vida va a hacérseme demasiadamente larga y que la muerte nunca llegará demasiado pronto. He comprendido estas palabras de San Agustín: *Patienter vivit et delectabiliter moritur.* «Lleva la vida en paciencia y recibe la muerte con deleite». He comprendido además muy bien, que la vida que escogió para sí Jesucristo es seguramente la más perfecta, y que es imposible dar una idea más alta de la santidad que la de un perfecto Jesuita.

Esto ha producido en mí un buen efecto; el convencerme de que si hasta aquí he practicado algún desprendimiento, aunque muy imperfecto, no lo he hecho seguramente por mí mismo, y así es necesario que en lo sucesivo ponga Dios mano a la obra, si quiere hacer algo bueno en mí; pues veo muy bien la imposibilidad en que estoy de hacer nada sin su gracia.

Progresos en la perfección

He notado que hay muchos pasos que dar antes de llegar a la santidad, y que a cada uno que se da se cree haber llegado; pero una vez dado se ve que no se ha hecho nada, que aún estamos por empezar.

Un hombre que va a dejar el mundo mira esta acción como si después de esto ya no le quedase nada más quehacer; pero cuando se encuentra en la Religión con todas sus pasiones, ve que sólo ha cambiado de objetos y que es un mundano, aun fuera del mundo; ve que no le han salido sus cuentas.

Se le presenta entonces otro paso que dar, y es desprenderse de los objetos de que, por su estado, aún no está enteramente desprendido: apartar del mundo su propio corazón y no tener amor a ninguna cosa creada. Una cosa es dejar el mundo y otra muy diferente hacerse religioso.

Una vez conseguido esto, aún queda otro paso que dar, que es desprenderse de sí mismo, no buscar sino a sólo Dios en el mismo Dios. No solamente no buscar en la santidad ningún interés temporal, que sería una grosera imperfección; pero ni siquiera buscar en ella nuestros intereses espirituales; buscar en ella puramente el interés de Dios. Para llegar ahí, Dios mío, ¡cuán necesario es que trabajéis Vos mismo! Pues ¿cómo podría por sí mismo llegar una criatura a ese grado de pureza? *Quis potest facere mundum de inmundo conceptum semine? Nonne tu qui solus es?* (Job. XIV,4) «¿Quién podría limpiar al hombre concebido en la inmundicia fuera de Vos, que sois el único Ser necesario?».

Una idea que me consuela mucho y que me parece capaz, con la gracia de Dios, de calmar parte de mis turbaciones es que para saber si estamos apegados humanamente a las cosas que nos manda la obediencia, si disgustamos a Dios al satisfacer, por ejemplo, las necesidades de la vida, o al gozarnos de la gran reputación o de la gloria que se siguen a nuestros trabajos, o en el placer que sentimos conversando de cosas santas, etc., para saber, digo, si no se desliza algo de humano en todo eso, es necesario no juzgar por el sentimiento, porque ordinariamente es imposible no sentir el placer que lleva consigo esa

clase de bienes, como es imposible no sentir el fuego cuando se aplica a una parte sensible.

Pero hay que examinar:

1.º Si hemos buscado de algún modo el placer que experimentamos.

2.º Si tendríamos pena en dejarlo.

3.º Si siendo igual gloria de Dios y teniendo libre elección, escogeríamos con preferencia las cosas desagradables y oscuras.

Cuando se está en esta disposición, hay que trabajar con gran libertad y ánimo en las obras de Dios, y despreciar todas las dudas y escrúpulos que podrían detenernos o turbarnos.

SEGUNDA SEMANA

Reino de Cristo

En la primera meditación he estado agitado con algunos pensamientos, a propósito de una flaqueza en que había caído el día anterior. Pero habiendo descubierto la causa porque Dios había permitido las faltas que había cometido, es, a saber, para curarme de cierta vana estima de mí mismo que empezaba a concebir; este conocimiento me ha causado paz y alegría muy sensible.

Me he dado cuenta con un placer, que no es ciertamente natural, que no era yo lo que pensaba; y no recuerdo haber descubierto jamás ninguna verdad con tanta satisfacción, como he descubierto mi miseria en esta ocasión.

Encarnación

No encuentro aquí sino anonadamiento y humildad. El Angel se abaja a los pies de una doncella, María toma la cualidad de sierva, el Verbo se hace esclavo y Jesucristo, concebido en el seno de su Madre, se anonada delante de Dios de la manera más sincera y profunda que es posible imaginar.

Dios mío, ¡qué hermoso espectáculo para Vos ver seres tan excelentes humillarse delante de Vos de un modo tan perfecto, cuando Vos los honráis con los más raros favores! ¡Cuánto placer he experimentado considerando los interiores sentimientos de estas divinas personas; pero sobre todo, este profundo anonadamiento, por el cual Jesucristo empieza a glorificar a su Padre y a reparar el agravio que el orgullo de los hombres ha hecho de Su Majestad!

En cuanto a mí, no puedo humillarme ante esta vista, porque ¿dónde podré meterme, pues veo al mismo Jesucristo en la nada? He aquí cómo rebajar mi orgullo: ¡el Hijo de Dios anonadado delante de su Padre!

Hasta ahora no había comprendido las palabras de San Bernardo: *¡Qué insolencia que un gusano se infle de orgullo y el Hijo único del Padre se humille y anonade!*

Circuncisión

Se me ha ofrecido que la vida de Apóstol pide gran mortificación: 1.º, sin ella Dios no se comunica, y 2.º, no se edifica al prójimo.

Un hombre que se priva de los placeres y trabaja sin cesar en reprimir sus paciones, habla con más autoridad y hace mucha mayor impresión. Como naturalmente siento atractivo al placer, he resuelto vigilar esta mala inclinación.

Huida a Egipto

De no consultar más que la prudencia humana parece muy dura y poco razonable. ¿Qué hacer en un pueblo desconocido e idólatra?

Pero Dios es quien lo quiere, es necesario que esto sea conveniente; el razonar sobre la obediencia, por extravagante que parezca, es desconfiar de la prudencia de Dios y creer que con toda su sabiduría hay órdenes que no sabría Él hacer redundar en gloria suya y provecho nuestro. Cuando nos llegan mandatos en que la razón humana no ve nada, debe alegrarse el hombre de fe con el pensamiento de que sólo Dios obra allí y que nos prepara bienes, tanto mayores cuanto debe enviarlos por vías ocultas que nosotros no podemos prever. Gracias a Dios, no tengo ninguna pena en eso; pues la experiencia me ha instruido.

Presentación

¡Qué ofrenda! ¡qué bien hecha de parte de Jesús y de María! ¡Qué honor dado a Dios en esta ocasión! Yo hago la misma ofrenda en la Misa; ¡si la hiciese yo con los mismos sentimientos, los mismos deseos de agradar a Dios!

Me gusta considerar en el cántico de Simeón la profecía clara y neta de la conversión de los gentiles: *Salutare tuum, quod parasti ante faciem omnium populorum, Lumen ad revelationem gentium* (Luc. II). «Tu Salud, que preparaste en presencia de los pueblos, Luz para la iluminación de las gentes».

Este santo hombre estaba bien iluminado; menester es que tuviese gran santidad para merecer tan señalados favores. Hay pocos verdaderos santos, pero los hay, sin embargo, y los ha habido en todo tiempo.

Navidad

Omitía la Natividad; recuerdo que pedí a Dios con gran fervor, durante cerca de media hora, el perfecto desprendimiento de que Jesús nos dio ejemplo; lo pedía por intercesión de San José, de la Santísima Virgen y del mismo Jesucristo. Entre mis devociones a la Santísima Virgen, he resuelto no pedir nada a Dios, en ninguna ocasión, que no sea por intercesión de María.

Niño perdido

Quid est quod me quaerebatis etc? (Luc. II,49). «Por qué me buscabais, etc.?». En esta meditación me ha movido mucho el dolor que sintió la Virgen durante los tres días que estuvo privada de la presencia de su Hijo; pero aún más, la tranquilidad de su corazón, que no se turbó en esta ocasión en que, al buscar a Jesús, se ejercitaba en actos de la más heroica y sumisa resignación que hubo jamás.

In his quae Patris mei sunt oportet me esse. (Ibid. 49).

«Conviene que yo me ocupe en las cosas de mi Padre». He encontrado en estas palabras grandes lecciones para mí.

Aunque el mundo entero se sublevase contra mí, se burlase de mí, se quejase, me censurase, es necesario que yo haga todo lo que Dios me pida, todo lo que me inspire para su mayor gloria. Se lo he prometido y espero observarlo con la gracia de Dios. Esto pide una gran vigilancia; sin ella, fácilmente se deja uno sorprender por el respeto humano, sobre todo cuando es uno tan débil como soy yo.

Vida oculta

Et erat subditus illis... Et Jesus proficiebat sapientia et aetate (Ibid. 51,52). «Y estaba sujeto a ellos... Y Jesús adelantaba en sabiduría y en edad». He reflexionado que en vez de crecer en virtud a medida que se avanza en edad, más bien se decrece, y sobre todo, en sencillez y en fervor, respecto de las humillaciones exteriores y de la dependencia de nuestra conducta espiritual.

Me ha conmovido el reconocer que a medida que el número de los beneficios de Dios aumenta, nuestro amor y agradecimiento se enfrían. ¿Por qué deshacerse de las virtudes de los novicios? Confieso que no bastan y que es necesario añadir otras; pero hay mucha diferencia entre adquirir nuevas virtudes y deshacerse de las antiguas; es preciso fortalecer las primeras, pero no renunciar a ellas.

En segundo lugar, este amor de la soledad me parece muy conforme con el espíritu de Dios. El espíritu del mundo hace que uno se apresure, procure exhibirse y se persuada que no llegará bastante pronto. El espíritu de Dios tiene sentimientos enteramente contrarios: treinta años oscuro, desconocido, a pesar de todos los pretextos de la gloria de Dios que podría sugerir un celo menos esclarecido. En cuanto a mí, permaneceré en la soledad todo el tiempo que la obediencia me lo permita.

Ninguna visita de pura cortesía, ¡sobre todo a mujeres! Ninguna amistad particular con ningún seglar; al menos no buscaré ninguna y nada haré por cultivarla, a no ser que vea

claramente que el interés de la gloria de Dios pide que proceda de otra manera. he aquí uno de mis propósitos.

En tercer lugar, este interior de Jesucristo que sublimaba tanto la bajeza de sus acciones, me ha hecho descubrir, a mi parecer, el verdadero camino de la santidad.

En el género de vida que he abrazado este es el único medio de distinguirse delante de Dios, porque todo es común en lo exterior. También me siento fuertemente atraído a aplicarme a hacer las cosas más pequeñas con grandes intenciones, a practicar a menudo en el secreto del corazón actos de las más perfectas virtudes, de anonadamiento ante Dios, de deseo de procurar su gloria, de confianza, de amor, de resignación y de perfecto sacrificio. Esto se puede hacer en todas partes y aun cuando no se haga nada.

Aunque todo lo que nosotros hacemos para procurar la gloria de Dios sea bien poca cosa, y que esta gloria, aun la exterior, sea un pequeño bien respecto a Él, no es, sin embargo, tan pequeño cuando el Verbo Eterno ha querido encarnarse para eso.

Es maravilloso que, pudiendo por sí mismo convertir toda la tierra, haya preferido hacerlo por sus Discípulos. Empleó toda su vida en formarlos. Parece que de todas las cosas necesarias para la conversión del mundo sólo escogió para sí las más espinosas, como la muerte, y dejó a los hombres las de mayor brillo. ¡Qué amor hacia algunos hombres, querer servirse de ellos para santificar a otros, aunque pudiese fácilmente hacerlo sin ellos!

Bautismo

He pensado que el hombre llamado a convertir a otros, tiene necesidad de grandes virtudes, y sobre todo, de una gran humildad y de una obediencia admirable.

Hay ocasiones en que se puede imitar esta conducta; no hay que dejarlas escapar. Arreglar las cosas de manera que parezca que se sigue el consejo que se da; y no ser más que el instrumento cuando se es el agente, facilita la ejecución y ayuda a

la humildad. Ningún trabajo me cuesta el atribuirlo todo a Dios. ¿Cómo podría yo hacer nada por mí mismo en la santificación del prójimo, cuando tan fuertemente siento la impotencia en que me encuentro de curarme de las menores imperfecciones, aunque las conozca, aunque tenga, por decirlo así, entre las manos mil clases de armas para combatirlas?

He resuelto ser obediente como un niño durante toda mi vida, especialmente en las cosas que se refieren en algún modo al adelanto en el servicio de Dios; porque sin esto hay el peligro de buscarse uno a sí mismos. ¡Qué ilusión pensar servir a Dios y glorificarle más o de otro modo, de como a Él le agrada! Aun cuando fueseis el mayor hombre del mundo, ¿qué dificultad hay en obedecer en todo a otro hombre? Este hombre representa a Dios: ¡cuánto más que obedecéis a una campana!

Además, honrar a todos los que trabajan en la salvación de las almas, hacer valer sus ministerios tanto cuanto me sea posible, mantener gran unión con ellos, alegrarme de sus triunfos.

Una conducta opuesta a ésta sería la más ridícula, la más imperfecta, la más vana, la más alejada del espíritu de Dios que podría tener un hombre que se emplea en la salvación de las almas.

Desierto

Parece que treinta años de preparación deberían ser suficientes. Pero no; Jesucristo no pone en práctica la misión de su Padre antes de que el Espíritu Santo le conduzca al desierto para practicar allí la mortificación y demás virtudes necesarias al cargo de un Apóstol.

He propuesto huir todo linaje de delicadezas en la comida, en el vestido, etc.; nunca pedir nada para mi sustento al predicar, y no quejarme nunca de nada. *Non in solo pane vivit homo.* (Matt. IV, 4). «El hombre no vive de sólo pan». Segundo, no tener nada de particular para mis vestidos, ni aun para el campo, y hacer todos mis viajes siempre a pie, en cuanto

sea posible. Es fácil hacer esto sin mucha incomodidad, y esto, a más de otros buenos efectos, humilla el espíritu.

Tambien he hecho el propósito de hacer mis Ejercicios espirituales y los Retiros con una fidelidad inviolable y con el mayor fervor posible; de meditar mucho la vida de Jesucristo, que es el modelo de la nuestra.

He comprendido la sentencia de San Juan Berchmans: *Mortificatio maxima vita communis.* «Sea mi mayor mortificación la vida común». Mortifica el cuerpo y el espíritu.

Todo lo demás no es las más de las veces sino la vanidad que busca distinguirse. En todo caso, antes de hacer algo extraordinario, quiero hacer todas las cosas ordinarias y hacerlas con todas las circunstancias que piden nuestras Reglas: esto lleva lejos y aun a una admirable santidad. Al leer nuestras Reglas he concebido un gran deseo de observarlas todas, con la gracia de Dios. Esto pide, a mi juicio, gran ánimo, gran sencillez, gran recogimiento, gran esfuerzo y gran constancia, y sobre todo, mucha gracia de Dios.

Elección de los Apóstoles

Jesucristo escogió por Apóstoles, primeramente, hombres pobres, idiotas, y juzgando humanamente muy poco a propósito para sus planes. No porque sea preciso ser de nacimiento oscuro y sin letras para trabajar en la salvación de las almas; pero para hacer entender a aquellos que son llamados a este ministerio, lo poco necesarios que son los talentos naturales o adquiridos, y que no deben atribuir a ellos el éxito de sus empleos.

Escogió lo segundo pescadores, etc., para enseñarnos que no es este oficio de personas delicadas, sino que es necesario sufrir mil fatigas y prepararse para los más rudos trabajos. Me he sentido dispuesto a todo, gracias a Dios; ningún trabajo me causa miedo, moriría contento trabajando en esto; pero me encuentro tan indigno de esta gracia, que no sé si Dios se querrá servir de mí en alguna cosa.

Bienaventuranzas

Beati pauperes spiritu..., mites, mundo corde. (Matt. V,3). «Bienaventurados los pobres de espíritu, los mansos, los limpios de corazón». Estas tres bienaventuranzas tiene entre sí, me parece, alguna relación y no pueden darse la una sin la otra. He comprendido que son verdaderamente dichosos los que están desprendidos de todas las cosas y han arrancado de su corazón hasta las inclinaciones viciosas; pero ciertamente me encuentro muy lejos de este estado.

Tentaciones de vanagloria

He sentido hacia el fin de esta segunda semana que la inclinación a la vanagloria está aún en mi corazón casi tan viva como nunca, aunque no produzca los mismos efectos y reprima sus movimientos con la gracia. Me parece que nunca me he conocido tan bien; pero me reconozco tan miserable, que me avergüenzo de mí mismo, y este conocimiento me causa de vez en cuando accesos de tristeza, que me llevarían a la desesperación, si Dios no me sostuviese.

En este estado nada me consuela tanto como la reflexión que me hago de que esta misma tristeza es efecto de una gran vanidad, y que este conocimiento y este sentimiento de mis miserias es una gran gracia de Dios, y que con tal que to espere en Dios y le sea fiel, no permitirá que perezca.

Me someto en todo a su voluntad y estoy dispuesto, si así lo quiere, a pasar mi vida en este importuno combate, con tal que El me sostenga con su gracia para no sucumbir. Creo, sin embargo, que se puede ahogar este apetito de vanagloria a fuerza de reprimir sus movimientos; como también al fin y al cabo se ahogan los remordimientos de la conciencia, aunque militen en su favor la gracia, la naturaleza y la educación.

Tres maneras de humildad

En la meditación de los tres grados de humildad, además

de que he sentido con mucha dulzura, confusión y temor que Dios me llama al tercero, que consiste en quitar hasta las malas inclinaciones y amar todo lo que el mundo aborrece; además de que veo que sería el más desgraciado de los hombres si me contentase con algo menos, mil razones me persuaden que tengo que procurarlo con todas mis fuerzas.

Lo primero, Dios me ha amado demasiado para que yo trate de escatimarle nada; sólo este pensamiento me horroriza. Qué, ¿no ser todo de Dios cuando El ha sido tan misericordioso para conmigo? ¿Reservarme alguna cosa, después de tantas como he recibido de El? Jamás consentiría tal cosa mi corazón.

Lo segundo, cuando veo lo poco que soy y qué es lo que yo puedo hacer para gloria de Dios, empleándome enteramente en su servicio, me avergüenzo sólo de pensar reservarme algo.

Lo tercero, no tendría yo seguridad ninguna, tomando un término medio; me conozco y sé que caería bien pronto en una extrema maldad.

Lo cuarto: sólo los que sirven a Dios, sin reserva, deben esperar morir dulcemente.

Lo quinto: sólo los tales llevan una vida dulce y tranquila.

Lo sexto: para hacer mucho por Dios es necesario ser completamente suyo; por poco que le quitéis, os hacéis poco a propósito para hacer grandes cosas por el prójimo.

Lo séptimo: en este estado es donde se conserva viva fe y esperanza firme; se pide a Dios con confianza y se obtiene infaliblemente lo que se pide.

Tres binarios

En la meditación de los tres estados o de las tres clases de hombres he resuelto, y me parece que de buena fe, gracias a Dios, ser de aquellos que quieren curarse a toda costa. En suma, he conocido muy bien que mi pasión dominante es el deseo de la vanagloria, y he hecho un firme propósito de no omitir ninguna humillación de todas las que me pueda procu-

rar sin faltar a la Regla y no huir nunca de las que se me presenten.

He notado que este continuo cuidado de humillarse y mortificarse en todo, causa a veces tristeza a la naturaleza, que la hace floja y menos dispuesta a servir a Dios. Es una tentación que podemos, me parece, vencer pensando que Dios no exige esto de nosotros sino por amistad, y que nosotros nos entregamos a esta práctica como un amigo se aplica en todo momento a agradar a su buen padre, sin que tenga para esto necesidad de andar cohibido, conservando cierta libertad de espíritu en medio de los menores y más asiduos cuidados, la cual libertad es una de las manifestaciones más sensibles del verdadero amor. Se hace con gusto lo que se cree que agrada a la persona a quien amamos de veras.

Repetición de las dos precedentes

En la repetición de las dos últimas meditaciones, habiendo empezado primero con un gran sentimiento a la vista del orgullo que encierra un pecado cometido con propósito deliberado y de la ceguedad de los hombres que se ponen a deliberar si deben limitarse a huir del pecado mortal, etc., como si un bien grande no debiera siempre preferirse, sin ponerlo en parangón con uno pequeño; este dulce sentimiento se ha como extinguido por un pensamiento de vana complacencia que me ha sobrevenido y que he tenido que combatir. No acertaría a decir cuánto me ha humillado esto.

He pasado el resto de la oración pensando sobre mi nada y mi indignidad respecto a todas las gracias y consuelos de Dios. He aceptado con completa sumisión la privación de esta clase de bienes durante toda mi vida, y ser hasta la muerte como el juguete de los demonios y de toda clase de tentaciones. Paréceme he reconocido con los sentimientos de la Cananea que no debo tener ninguna parte en el pan de los hijos.

He pedido a Dios me de sólo lo que me es precisamente necesario para sostenerme de manera que no le ofenda jamás. No pierdo, sin embargo, la esperanza de llegar al grado de san-

tidad que pide mi vocación, y lo espero; pero preveo que tendré que pedir esta gracia durante mucho tiempo. Bien está; estoy resuelto, gracias a Dios, a la perseverancia cuanto fuere preciso; es una cosa tan grande y tan preciosa la santidad, que nunca se comprará demasiada cara.

Encontrándome en esta situación extraordinariamente instado a cumplir el proyecto de vida que desde hace tres o cuatro años medito, con el consentimiento de mi Director, me he entregado enteramente a Vos, ¡oh Dios mío!

¡Cuán grandes son vuestras misericordias para conmigo, Dios de la Majestad! ¿Quién soy yo para que Vos os dignéis aceptar el sacrificio de mi corazón? Será, pues, todo para Vos; las criaturas no tendrán parte alguna, no valen la pena. Sed, pues, amable Jesús, mi padre, mi amigo, mi maestro, mi todo; pues si estáis contento con mi corazón, ¿sería posible ni razonable que el mío no estuviese contento con el vuestro? Sólo quiero vivir en adelante para Vos y vivir mucho tiempo, si así lo queréis, para sufrir más. No pido la muerte, que abreviaría mis miserias. Si no es vuestra voluntad que muera a la misma edad que Vos, sed por ello bendito; pero me parece al menos que es de justicia que yo empiece a vivir por Vos y para Vos a la misma edad que Vos moristeis por todos los hombres, y por mí en particular, que tantas veces me he hecho indigno de tan grande gracia. Recibid, pues, amable Salvador de los hombres, este sacrificio que el más ingrato de todos ellos os hace reparar el daño que hasta este punto no he dejado de haceros al ofenderos.

PROYECTO DE VOTO

Juravi et statui custodire judicia justitiae tuae. (Ps. CXVIII,106).
«Juré y determiné guardar los preceptos de tu justicia».

Me siento atraído a hacer a Dios voto de observar nuestras Constituciones, nuestras Reglas comunes, nuestras Reglas de modestia y las Reglas de los sacerdotes, de la manera siguiente:

Sumario de las Constituciones

1.º Trabajar toda mi vida en mi perfección particular por la observancia de las Reglas y en la santificación del prójimo, aprovechando todas las ocasiones que la obediencia y la Providencia me proporcionen de ejercitar mi celo sin detrimento de las Reglas de la discreción y prudencia cristianas. (Regla 2.ª)

2.º Ir indiferentemente, sin excepción, sin réplica, a cualquier parte que la obediencia me envíe. (Regla 3.ª)

3.º Tratar con el Superior sobre las penitencias exteriores y no omitir, sin necesidad, las que a él le haya parecido bien que haga; hacer la confesión general todos los años; el examen de conciencia dos veces al día; tener un confesor fijo, y descubrirle toda mi conciencia. (Reglas 4.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª)

4.º Amar a mis parientes sólo en Jesucristo. Me parece que, por la gracia de Dios, me encuentro ya en esta disposición; así este punto no me puede dar ningún trabajo. (Regla 8.ª)

5.º Ver con gusto que me reprendan, que se de cuenta a mis Superiores de mis defectos y darla yo también de los defectos de mis hermanos cuando juzgue estar obligado a ello por la Regla. (Reglas 9,ª y 10,ª)

6.º Desear ser ultrajado, colmado de calumnias e injurias, pasar por un insensato, sin dar ocasión para ello, y sin que Dios sea ofendido. Me parece que todo eso sólo tengo que pedir a Dios me conserve los sentimientos que ya me ha dado. (Regla 11.ª)

7.º Tocante a la mayor abnegación y continua mortificación me parece que, con la gracia de Dios, puedo hacer voto:

1.º De no tener jamás voluntad eficaz respecto a la vida, salud, prosperidad, adversidad, empleos, lugares, sino en cuanto esta voluntad sea conforme a la suya.

2.º De desear, en cuanto de mí dependa, todo cuanto sea contrario a mis inclinaciones naturales, si ello no se opone a su mayor gloria; y me parece que por su infinita bondad me ha venido a poner ya en esta disposición.

3.º De no buscar nunca lo que halaga los sentidos, como los espectáculos, los conciertos, los olores, las cosas agradables al

paladar ni lo que pueda satisfacer la vanidad; de no buscarlo, digo, nunca i en mis discursos ni en mis acciones; en cuanto a los muebles y vestidos, contentarme con lo que me den, a menos que la obediencia o la Regla de la salud no me obligare a obrar de otro modo.

4.º De no evitar ninguna de aquellas mortificaciones que se me presenten, a menos que juzgue, según Dios, que debo obrar de distinto modo por alguna razón que me parezca verdadera.

5.º De no gustar jamás ningún placer de aquellos a que la necesidad me obligue, como beber, comer, dormir, ni de aquellos que no podamos evitar en la Compañía sin alguna afectación o singularidad, como las recreaciones, los manjares extraordinarios, etc. Jamás tomarlos por el placer que en ello experimenta la naturaleza, sino renunciar a ello de corazón, y mortificarme, en efecto tanto cuanto Dios me inspire y pueda yo hacerlo sin hacerme notar demasiado. (Regla 12.ª)

8.º Las cuatro Reglas siguientes están encerradas en todas las otras. Respecto a la 17.ª, que trata de la pureza de intención, me parece puedo hacer voto:

1.º De no hacer nunca nada con la gracia de Dios, al menos con reflexión, sino puramente por su gloria.

2.º De no hacer ni omitir nada por respeto humano: este último punto me agrada sobremanera, y me parece que me afianzará en una gran paz interior. (Regla 17.ª)

9.º Este presente voto encierra, si no me equivoco, la observancia de la diez y nueve. (Regla 19.ª)

10. Respecto a la 21.ª puedo hacer voto:

1.º De no faltar nunca a la oración y observar, ya sea en la preparación, ya sea en la misma oración, todas las adiciones de San Ignacio, a menos que alguna razón o de necesidad o de caridad u otra parecida me dispense de algunos de esos puntos.

2.º De observar, respecto a la Misa y Oficio divino, las Reglas de los sacerdotes. (Regla 21.ª)

11. En cuanto a la pobreza, ya he hecho voto de observar todas las Reglas dadas por San Ignacio.

12. Por lo que hace a la castidad, no mirar jamás ningún objeto que pudiera inspirarme pensamientos contrarios a esta

virtud, al menos con intención formada, o sin necesidad indispensable; no leer ni oír decir cosa que no sea casta, a menos que la caridad o la necesidad de mi empleo me obliguen a ello; guardar las Reglas de los sacerdotes referentes a la confesión y visitas de mujeres.

13. Comer siempre con templanza, modestia y decencia, diciendo la bendición y acción de gracias con respecto y devoción.

14. En cuanto a la obediencia, ya he hecho voto de practicarla según nuestras Reglas.

15. Respecto de las cartas que se entregan o reciben, observaré lo que los Superiores deseen que guarde.

16. Dar cuenta de conciencia según la fórmula que tenemos en nuestras Constituciones.

17. De no tener nada oculto a mi confesor, al menos de lo que debe saber para dirigirme.

18. Respecto a la unión y caridad fraterna, los negocios puramente seculares y el cuidado de la salud, no encuentro en mí ninguna dificultad, así como tampoco en la manera de proceder cuando uno está enfermo.

Reglas comunes

1.º Hacer todos los días dos veces el examen de conciencia y el examen particular y anotar el adelanto, según la instrucción de San Ignacio; la lectura espiritual, siempre que pueda; no faltar al sermón sin permiso, estando en casa; en la abstinencia del viernes guardar el uso de la Compañía; no predicar sin la aprobación de los Superiores. Las tres Reglas siguientes se refieren a la pobreza; en todas las otras no encuentro dificultad. Puedo hacer voto, me parece, de no dispensarme de ellas sin permiso.

Convendría acordarse al llegar a una casa de pedir permiso a los Superiores:

1.º Para tener libros.

2.º Para ver a los enfermos, si es que no hay la costumbre de pedirlo cada vez que se va a visitarlos.

3.º Para entrar un momento en el cuarto de ciertas personas en determinadas ocasiones, como para tomar luz, devolver un libro, etc.

4.º Para hablar en casa con los de fuera y llamarlos si fuere necesario.

5.º Para hacer los encargos de los de fuera de casa a los de dentro, y de los de dentro a los de fuera cuando nos lo piden, siempre que se juzgue que en ello no hay nada de particular.

6.º Para escribir cartas; bien entendido que se enseñará a quien deba hacerlo, si es que no hay costumbre de pedir este permiso cada vez que se escribe.

Reglas de la modestia y de los sacerdotes

Las Reglas de la **modestia** están compuestas de tal manera, que no pueden costar ningún trabajo. Dígase lo mismo de las de los **sacerdotes.** La que recomienda la instrucción de los niños no impone, a mi juicio, mayor obligación que la que está encerrada en el voto que hacen los profesos.

Se podría hacer voto de las Reglas de los oficios particulares a medida que a ellos sea uno aplicado.

Motivo de este voto

1.º Imponerme una necesidad indispensable de cumplir, en tanto cuanto sea posible, los deberes de nuestro estado y ser fiel a Dios, aun en las cosas más pequeñas.

2.º Romper de un golpe las cadenas del amor propio y quitarle para siempre la esperanza de satisfacerse en alguna ocasión; esta esperanza, me parece, vive siempre en el corazón en cualquier estado de mortificación en que uno se encuentre.

3.º Adquirir de una vez el mérito de una larga vida, en la extrema incertidumbre en que estamos de vivir ni un solo día, y ponernos en estado de no temer que la muerte pueda quitarnos los medios de glorificar más a Dios; pues esta voluntad que tenemos de hacerlo eternamente no puede dejar de tomar-

se por efectiva, puesto que nos obligamos tan estrechamente a cumplirlo.

4.º Reparar las pasadas irregularidades por el compromiso que contraemos de ser regular durante todo el tiempo que Dios quiera prolongar nuestra vida. Este motivo me agrada mucho y hace mucha más fuerza que todos los otros.

5.º Reconocer en cierto modo las misericordias infinitas que Dios ha tenido conmigo, obligándome indispensablemente a ejecutar sus más pequeñas órdenes.

6.º Por respeto a la divina voluntad, que bien merece ser ejecutada bajo pena de condenación; aunque Dios, por su infinita bondad, no nos obliga siempre a ello bajo tan graves penas.

7.º Hacer de mi parte todo cuanto de mí dependa para ser todo de Dios sin reserva, para desprender mi corazón de todas las criaturas y amarle con todas mis fuerzas, al menos con un amor efectivo.

Algunas consideraciones que me animan a hacer este voto

1.º No encuentro más trabajo en observar todo lo que este voto encierra, que el que tendría un hombre naturalmente inclinado al placer para guardar la castidad que le obliga a tantos combates y a tanta vigilancia.

2.º Dios, que inspiró nuestras Reglas a San Ignacio, pretendió que fuesen observadas. No es, pues, imposible el hacerlo, ni aun con imposibilidad moral. Ahora bien, el voto, lejos de hacer la observancia más difícil, lo facilita, no sólo porque aleja las tentaciones por el temor de cometer un pecado grave; pero, además, porque en cierto modo obliga a Dios a dar mayores gracias en las ocasiones.

3.º San Juan Berchmans pasó cinco años en la Compañía sin que su conciencia le reprochase la infracción de ninguna Regla; ¿por qué, con gracia de Dios, no lo haré yo en una edad en que se debe tener mayor fuerza y en que se está menos ex-

puesto a los respetos humanos, que son los mayores enemigos que tenemos que combatir?

4.º No temo yo que esto me quite la paz del alma y me sea piedra de escándalo: *Pax multa diligantibus legem tuam et non est illis scandalum.* (Ps. CXVIII,165) «Mucha paz hay para los que aman tu ley y no les sirve de tropiezo». Es artículo de fe y, por consiguiente, cuanto más se ama esta ley mayor tranquilidad se experimenta: *Ambulabo in latitudine quia mandata tua exquisivi.* (Ps. CXVIII,45). «Andaré con latitud de corazón porque busqué tus mandamientos». El exacto cuidado en obedecer a las más pequeñas observancias pone al espíritu en libertad en vez de causarle violencia.

5.º Me parece que desde hace algún tiempo vivo yo poco más o menos como tendré que vivir después de hecho este voto. Y más bien por el deseo de obligarme a perseverar que por gana de hacer algo nuevo o extraordinario, he tenido este pensamiento.

6.º Me parece que el solo pensamiento de hacer este voto me desprende de todo lo del mundo poco más o menos como si sintiere acercarse la muerte.

7.º No me apoyo yo ni en mi resolución ni en mis propias fuerzas, sino en la bondad de Dios, que es infinita, y en su gracia, que nunca deja de comunicarnos abundantemente, tanto más cuantos mayores esfuerzos hacemos por servirle: *Non deliquent omnes qui sperant in eo.* (Ps. XXXIII,23). «No faltarán todos los que esperan en El».

8.º Me parece que este voto sólo me obliga a un poco más de vigilancia que la que tengo, pues ahora mismo no querría, me parece, quebrantar ninguna Regla con voluntad deliberada.

9.º Para prevenir los escrúpulos puedo no comprometerme a nada en que tenga duda.

10.º Puedo comprometerme bajo esta condición: que si pasado algún tiempo encuentro que este voto me turba, cesa el compromiso; si no, terminará sólo con mi vida.

11.º Cuando se tiene permiso no se quebranta la Regla, al menos cuando se trata de una Regla exterior; porque muy desgraciado tendría uno que ser para preferir quebrantar una Re-

gla y desagradar a Dios, aunque no hubiere obligación de pecado mortal, que el decir una palabra al Superior.

12.º No pretendo estar obligado a nada en todas las ocasiones en que cualquiera otro pudiera dispensarse de la Regla, sin hacer nada contra la perfección.

13.º El pensar en este compromiso, lejos de asustarme, me llena de júbilo; me parece que en vez de ser esclavo voy a entrar en el reino de la libertad y de la paz. El amor propio no se atreverá a enredarme cuando tan gran peligro habrá en seguir sus movimientos. Me parece que toco ya mi felicidad y que he encontrado, al fin, el tesoro, que es necesario comprar a tan gran precio.

14.º No es éste un fervor pasajero, hace mucho tiempo que lo medito; pero me reservaba el examinarlo a fondo en esta ocasión, y mientras más se aproxima el tiempo de ponerlo por obra más facilidad encuentro en él y más fuerza y más resolución en mí mismo.

15.º Esto, no obstante, esperaré la resolución de V.R. antes de seguir adelante. Por esto le suplico quiera examinar este escrito y reflexionar, sobre todo, en estas últimas consideraciones, en las cuales encontrará, tal vez, señales del espíritu de Dios; si no, no tiene más que decirme que no juzga a propósito que yo ponga en práctica este designio, y tendré para con el sentir de V.R. el mismo respeto que debo a la palabra de Dios.

Misión de los Apóstoles

En la meditación de la Misión de los Apóstoles comienzo, me parece, a conocer mi vocación y el espíritu de la Compañía, y creo también que, por la gracia de Dios, este espíritu nace y se fortifica en mí, ya sea a causa de un afecto particular y de una gran estima que tengo de todas las Reglas, ya sea porque me parece que mi celo se aumenta y purifica.

Sobre esta palabra que encierra la Misión de los Apóstoles: *Docete omnes* (Matt. XXVIII,19). «Enseñad a todos», he comprendido que somos nosotros enviados a toda clase de personas, y que en cualquier parte que se encuentre un Jesuita y en

cualquier compañía que esté, está allí como enviado de Dios para tratar el negocio de la salvación de aquellos con quienes trata, y que si no habla de este negocio y aprovecha todas las ocasiones para hacer que adelanten en él, hace traición a su ministerio y se hace indigno del nombre que lleva.

He resuelto, pues, acordarme de esto en toda ocasión y estudiar los medios para hacer recaer la conversación sobre cosas que puedan edificar, sea quien sea aquel con quien me encuentre; de tal modo, que cuando de mí se separe vaya con más conocimiento de Dios, y si es posible, con mayor deseo de su salvación.

Celo apostólico

Al meditar sobre el celo, me ha ocupado todo el tiempo el desinterés y la indiferencia que debo tener. Doy gracias a Dios de que no he encontrado en mí ninguna repugnancia en ocuparme de los niños y de los pobres; antes al contrario, me parece tomaría estos empleos con gusto; no están expuestos a la vanidad y son de ordinario más fructuosos.

Después de todo, el alma de un pobre es tan querida de Jesucristo como la del rey, y poco importa de quiénes se llene el cielo.

Entre las señales que Jesucristo da de su misión, ésta es una de las principales: *Pauperes evangelizantur* (Matt. XI,5). «Los pobres son evangelizados», y por esta señal se puede reconocer que es el Espíritu de Dios quien ha fundado la Compañía; pues el Catecismo y el cuidado de los pobres es una de sus principales atenciones; las Constituciones nada nos recomiendan tanto como eso.

Me parece que debemos esperar que somos enviados de Dios y que a El buscamos cuando tenemos esta indiferencia; por esto he resuelto, sea en las confesiones, sea en la predicación, servir con gusto a los pobres, y cuando quede a mi elección preferir a éstos, pues a los ricos nunca les faltará quienes les sirvan.

Pobreza apostólica

En la meditación de la pobreza apostólica he resuelto gloriarme toda mi vida y complacerme en esta virtud, y tener el consuelo de poder decir siempre: «No tengo nada»; así, como por el contrario, el mundo y el amor propio sienten tanta satisfacción en decir y contar lo que poseen. Sobre todo, ningún libro; esto me obligará a leer mucho y bien aquellos de que tenga y crea más necesarios; respecto a los demás, ninguna pena sentiré en pasarme sin ellos.

Mortificación apostólica

En la meditación de la mortificación he comprendido que un Apóstol no está llamado llevar una vida muelle ni descansada; es necesario sudar y fatigarse, no temer ni el calor ni el frío, ni los ayunos ni las vigilias; es necesario gastar su vida y sus fuerzas en este empleo. Lo peor que le puede suceder, es morir sirviendo a Dios y al prójimo; mas no veo que esto pueda hacer temer a nadie.

La salud y la vida me son, por lo menos, indiferentes; pero la enfermedad o la muerte, cuando me lleguen por haber trabajado en la salvación de las almas, me serán muy agradables y preciosas.

Observancia de las Reglas

Este mismo día, después de la comida, habiendo leído en la vida de San Juan Berchmans la muerte de este santo joven, me sentí muy conmovido por lo que entonces dijo: que sentía gran consuelo por no haber quebrantado nunca ninguna Regla; y reflexionando en lo que podría decir yo sobre esto, si debiera dar cuenta a Dios, concebí de pronto tan grande dolor de haberlas observado tan mal, que derramé lágrimas en abundancia.

Hice en seguida mi oración, en la que formé grandes reso-

luciones de ser en adelante mejor Jesuita que lo que sido hasta aquí; invoqué con confianza a este bienaventurado joven y le rogué por la Santísima Virgen, a quien él tanto amó, y por la Compañía, a la cual fue tan fiel, que me obtuviese la gracia de vivir hasta la muerte como él vivió durante cinco años. Todo el resto del día estuve penetrado de dolor, teniendo siempre ante mis ojos las Reglas despreciadas y quebrantadas tan a menudo; lloré tres o cuatro veces, y me parece que, con la gracia de Dios, no será fácil que las quebrante en lo sucesivo.

Pero no por eso dejo de estar sin consuelo por lo pasado; nunca jamás había pensado en el mal tan grande que hacía en ello.

Pensaba que si hubiesen querido solicitar de Berchmans que quebrantase una Regla a la hora de su muerte, por ninguna consideración lo hubiese hecho, después de haber pasado cinco años sin haber quebrantado la más mínima. Ahora bien; las mismas razones tenemos nosotros que las que tuvo él para resistir a las tentaciones de esta naturaleza. Al faltar hoy al silencio, no desagradaré menos a Dios; desprecio una orden inspirada por el Espíritu Santo a nuestro Santo Fundador. Por mí no queda que no se destruya la observancia regular; no es tan poca cosa esa Regla que no dependa de ella todo el bien del cuerpo de la Compañía.

Desprecio del mundo

Me parece que para el desprecio del mundo es un medio muy eficaz la presencia de Dios. Es pensamiento de San Basilio que un hombre que tiene por testigo de lo que hace a un rey y a un lacayo, no atiende para nada al lacayo, sino sólo a merecer la aprobación del príncipe. Es extraña y bien desgraciada servidumbre la del hombre que sólo piensa en agradar a los otros hombres. Cuándo podré yo decir: *Mihi mundus crucifixus est et ego mundo;* (Galat. VI,14). «El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo?» He pedido con instancia a Jesucristo y a la Santísima Virgen me concedan esta disposición de ánimo.

Humildad apostólica

En la meditación de la humildad, es verdad, y yo lo comprendo, que debe ser grande esta virtud en un hombre apostólico, y el temor de no poseerla bastantemente me tendrá toda mi vida, a mi parecer, en un continuo temor. Paréceme, sin embargo, que para esto no hay sino estar atento y evitar la inconsideración. Pero cualquiera que reflexione qué es, qué ha sido, qué es lo que puede hacer por sí mismo, no es fácil que se atribuya nada a sí mismo; para matar el orgullo basta recordar que la primera señal de la virtud es no estimarse absolutamente en nada.

En segundo lugar, basta mirar a Jesucristo, anonadado de corazón, que reconoce delante de Dios que nada es y que sólo a su Padre se debe la gloria de todo cuanto hace. Si me alaban, se equivocan; es una injusticia que hacen a Dios. Es como si alabasen a un comediante por los versos que recita y que otro ha compuesto; además, no nos estiman tanto como nosotros pensamos: conocen todos nuestros defectos, conocen aun aquellos que a nosotros se nos escapan, o al menos no se ocupan de nosotros.

Más aún; concedido que hacemos grandes cosas, o por decir mejor, que Dios haga grandes cosas por nosotros. Es muy digno de admiración y de alabanza que El haga tan buen uso de tan malos instrumentos; pero no soy por eso mejor; y puede suceder que Dios me condene después de haber salvado a muchos por mi medio, como sucede que un pintor tira al fuego un carbón que le ha servido para trazar un dibujo admirable y muy excelentes figuras. La práctica de la Santísima Virgen es admirable; confiesa de buena fe que Dios ha obrado en ella grandes cosas y que por eso la alabarán todas las generaciones: *Magnificat anima mea Dominum.* (Luc. I,46). «Mas en vez de envanecerse mi alma engrandece al Señor».

Repetición

En la repetición de esta meditación, después de haber reco-

nocido y confesado delante de Dios que no soy nada y que nada he hecho por mí mismo, he comprendido cuán justo es que sólo Dios sea glorificado, y me ha parecido que un hombre que se ve alabado por una virtud o una buena acción, debe estar tan avergonzado como un hombre de pundonor a quien toman por otro y le alaban de lo que no ha hecho. Pero si somos tan vanos que nos hinchamos por estas cualidades naturales o sobrenaturales que no nos pertenecen, ¡qué vergüenza, qué confusión! cuando en el día del Juicio Dios haga salir al medio a este hombre vano y de a conocer a todo el mundo que nada tiene de sí mismo, y le diga reprochando su vanidad: *Quid habes quod non accepisti? si autem accepisti quid gloriaris?* (I Cor. IV,7). «Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido ¿por qué te glorias?»

Me parece ver un bribón que, haciéndose pasar algún tiempo como hombre honrado, gracias a una capa robada, viene a quedar descubierto en medio de la buena sociedad y se llena de grandísima confusión. Pero mucho peor será todavía, Dios mío, cuando hagáis ver que no solamente no tenía nada de qué vanagloriarse, pero ni aún siquiera tenía aquello de que me he gloriado!, cuando descubráis mi hipocresía, el abuso que he hecho de vuestras gracias, mis miserias interiores, etc.

Dios me ha hecho ver a mí mismo, en esta ocasión, tan deforme, tan miserable, tan desprovisto de todo mérito, de toda virtud, que verdaderamente jamás me había encontrado tan desagradable a mí mismo; me parecía oír a este Dios en el fondo de mi corazón, recorriendo todas las virtudes y haciéndome ver claramente que yo no tengo ninguna; le he suplicado con instancia conserve siempre en mí esta luz.

Confieso hallar que este conocimiento de mí mismo que crece en mí de día en día, debilita mucho o al menos modera cierta firme confianza que hace mucho conservaba en la misericordia de Dios.

No me atrevo ya a levantar los ojos al cielo; me encuentro tan indigno de sus gracias, que casi no sé si les habré cerrado del todo la entrada. Este sentimiento me viene especialmente cuando comparo mi vida, mis crímenes y mi orgullo con la inocencia y humildad de nuestros Santos.

Desconfianza de sí mismo

En la meditación de la desconfianza de sí mismo no encontré nada tan fácil después de la meditación precedente. Cuando se conoce lo que es salvar un alma y lo que nosotros somos, pronto nos persuadimos que nada podemos. ¡Qué locura pensar que con algunas palabras dichas de paso podamos hacer lo que tanto costó a Jesucristo!

Habláis y se convierte un alma; es como en el juego de los fantoches, el criado manda a la muñeca que baile y el maestro la hace bailar por medio de un resorte. El mandamiento no ha hecho absolutamente nada. *Exi a me quia homo peccator sum, Domine.* (Luc. V,8). «Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador». ¡Hermoso sentimiento del alma en quien o por quien Dios hace algo extraordinario!

Oración

Como siento, por la gracia de Dios, bastante atractivo por la oración, he pedido de todo corazón a Dios, por la intercesión de la Santísima Virgen, me conceda la gracia de amar cada día más este ejercicio hasta la muerte. Este es el único medio de purificarnos, de unirnos con Dios, de que Dios se una con nosotros para poder hacer algo por su gloria. Es necesario orar para obtener las virtudes apostólicas, es necesario orar para hacerlas útiles al prójimo, es necesario orar para no perderlas en el servicio del prójimo.

Este consejo o este mandamiento: *Orad sin interrupción,* me parece dulce y de ningún modo imposible; encierra la práctica de la presencia de Dios. Quiero procurar seguirlo con la ayuda de Nuestro Señor. Siempre tenemos necesidad de Dios; así, pues, hay que orar siempre; cuanto más oremos, más le agradaremos y más conseguiremos. No le pido las dulzuras que Dios da a sentir en la oración a quien le place; no soy digno, no tengo fuerzas suficientes para soportarlas. No son buenas para mí las gracias extraordinarias; esto sería edificar sobre arena, echar un licor precioso en un vaso roto que

nada puede retener. Lo que yo pido a Dios es una oración sólida, sencilla que le glorifique a El y no me hinche a mí; la sequedad y la desolación, acompañadas de la gracia de Dios, me son, a mi parecer, muy útiles. Entonces hago con gusto actos de las más excelentes virtudes; hago esfuerzos contra la mala disposición y procuro ser fiel a Dios, etc.

Conformidad con la voluntad de Dios

Desde el principio de la oración me he sentido movido a hacer actos de ella. Y los he hecho sin trabajo, porque, efectivamente, no siento ninguna oposición por la gracia de Dios hacia ningún estado; y me parece que con la misma gracia aceptaría con sumisión los más enojosos accidentes que la Providencia permitiera me sucediesen, o al menos pronto me resolvería a ello, si Dios no me abandona.

Me he resuelto, sobre todo, a santificarme por la vía que a Dios le plazca: por la sustracción de toda dulzura sensible, si así El lo quiere; por las penas interiores, por los continuos combates contra mis pasiones. Esto es para mí lo más duro que hay en la vida; me someto, sin embargo, a todo con todo mi corazón, y tanto más de grado cuanto que comprendo que es el camino más seguro, el menos sujeto a ilusiones, el más corto para adquirir la perfecta pureza de corazón, con grande amor de Dios y muchísimos méritos.